

9 de junio de 1899

«El telegrama del general Ríos al Ministro de la Guerra, donde expone sus recelos ante la actuación del destacamento en Baler, ha despertado una gran ansiedad en el público. Éste quiere conocer, por un lado, los motivos que existen para que aquel puñado de hombres se niegue a rendirse y, por otro, el misterio que encierra el cable en sus últimas palabras. Así, me veo en la tentación de adelantar, por medio de este diario, lo que el general de los Ríos piensa decir en persona.

Los que defienden Baler no lo hacen porque sean «locos de remate» como ha dicho el Ministro, ni tampoco por sacrificar sus vidas para cerrar el siglo XIX con un episodio glorioso. No, la resistencia que opone el teniente Martín Cerezo entraña más gravedad de lo que se cree, pudiendo constituir una página sangrienta en los anales de nuestra historia en Filipinas.

Como todo lo que ha atañido al archipiélago durante nuestra dominación, ligada a la obra de las órdenes religiosas, este episodio, no podía ser menos, lo protagoniza el fraile del pueblo.

El párroco, padre Carreño, igual que ocurría en casi toda Filipinas, era odiado por el vecindario y estuvo a punto de ser fusilado por petición popular durante la anterior revuelta. Al firmarse la paz de Biak-na-bato volvió a Baler. Cuando llegó el capitán Las Morenas para asumir su cargo, fue advertido por los vecinos de las costumbres de Carreño. Éste y el doctor Vigil Quiñones procuraron evitar al sacerdote, mientras que Martín se hizo íntimo suyo. Y así siguieron las cosas: el pueblo odiando al religioso y reconociendo las cualidades del nuevo comandante político-militar y del doctor, en tanto que el teniente admitía sus marrullerías. Con la llegada del nuevo levantamiento general del país, Las morenas se dispuso a fortificarse en la iglesia.

Hasta aquí, lo seguro, lo exacto, lo que saben todos los que hayan vivido en la provincia de Nueva Écija en esa época. Lo que ocurrió después, aunque no podemos saberlo sin entrar en el destacamento, es fácil de suponer.

Como este edificio es una fortaleza inexpugnable, sólo abatible con cañones de gran calibre, y como el destacamento tenía un enorme depósito de víveres que ocupaba toda la nave central, es lógico creer que el capitán no pensara en rendirse hasta tener la evidencia de la finalización de la soberanía de España en el archipiélago y que, por lo tanto, defender Baler era defender un territorio extranjero. Llegado este día, cabe imaginar que reuniera a los oficiales y al cura del pueblo y propusiera deponer las armas. Y es aquí cuando sobrevino la catástrofe. Bien sabía el fraile que abogar por la rendición suponía abogar por su muerte, así que utilizó su ascendiente sobre el teniente Martín y sobre la tropa para oponerlos a los deseos del oficial superior. El asunto sólo se pudo solucionar de dos maneras: maniatando o asesinando vilmente al comandante político-militar.

Después todos sabemos lo ocurrido. El capitán Olmedo marcha comisionado por el general De los Ríos a Baler para que su guarnición deponga las armas. Ni consiguió ver a Las Morenas, amigo suyo de la infancia, ni conseguir razón de su ausencia. Sólo supo que Martín era el jefe de la fuerza. Si su superior hubiera muerto en acción o enfermedad, no tendrían inconveniente en declararlo, por lo tanto, los indicios no pueden ser más fundados.

Comprendo que resulta atrevido lanzar a los cuatro vientos estas versiones, pero en vista de lo que ocurre con el destacamento de Baler, y de los antecedentes del fraile, no hay más remedio que recelar.

El enigma conviene aclararlo. Bastaría con que el Ministro de la Guerra gestionara con el general norteamericano Otis el envío de un cañonero yanqui para que conminara a Martín a rendirse. Únicamente entonces se comprobará de modo cierto lo que hubiera de verdad en estas sospechas, que hoy parecen fundadas y que ojalá pueda rectificarlas en día no lejano.

Este sería para mí el momento más feliz de mi vida».

Higinio Algar, sin terminar de leerlo, arrugó con facilidad las cuatro hojas que componían el periódico, hizo una bola con ellas, y lo lanzó al suelo. No entendía cómo El diario de Manila había podido publicar semejante noticia, basada en chismorreos y suposiciones malintencionadas. Conocía al que lo firmaba, un veterano y antiguo prisionero de guerra resentido, pero no entendía como se ensañaba tanto. El artículo, desde luego, había multiplicado las ventas, pues la noticia había corrido de boca en boca por toda la capital. De manera oficiosa, los miembros del destacamento de Baler eran unos criminales. Para colmo de males, el editor del diario en cuya redacción trabajaba en Manila, le había impedido, por impopular, publicar una réplica.

Pero, a mitad de mañana, le había llegado un telegrama urgente de Madrid enviado por el director de El imparcial. «Infame artículo en El Nacional, trata al destacamento de Baler como delincuentes. Redacte uno en apoyo de la guarnición». También había salido en un diario de Madrid. Podía imaginar la rabia de su jefe, posicionado desde el principio como defensor acérrimo de los cazadores sitiados. Con el respaldo del periódico más importante de España, el dueño de El noticiero de Manila se envalentonó y decidió difundir también el texto de Algar.

El periodista, olvidándose de la crónica que tenía a mitad, se dispuso a rebatir las calumnias leídas, intentando mostrar la otra cara de la moneda.

10 de junio de 1899

#### Artículo publicado en el Noticiero de Manila

Desde las primeras horas de la mañana de ayer no se habla de otra cosa en los círculos españoles de Manila que del oficial y de los soldados que componen el destacamento, heroico de toda suerte, que aún defiende Baler, la cabecera del distrito del Príncipe.

Ya que algunos periódicos han acogido rumores infundados tomándolos por testimonios verdaderos, creemos nuestro deber hacer lo posible para que la opinión reaccione y no se deje llevar por impresiones del momento. Por eso, rogamos a nuestros lectores que suspendan todo juicio hasta que pueda éste ser exacto, sometiendo, mientras llega ese día, las siguientes reflexiones a su consideración.

En primer lugar, no es cierto que la cortesía obligue, según supone algún despistado colega, a recibir inmediatamente a un parlamentario que viene del campo enemigo, como era, para la guarnición de Baler, el señor Aguilar.

Otro compañero iluminado ha calificado esta acción como un suceso vulgar y corriente. ¡Jamás! ¿Suceso vulgar y corriente la defensa de un poblado durante un año por apenas una cincuentena de hombres?

Hechas estas dos primeras observaciones, vayamos al grano poniendo el dedo en la llaga. ¿Han efectuado nuestras autoridades todo lo posible para salvar a esos hombres? ¡No y mil veces no!

Desde la misión de Olmedo, en febrero, han transcurrido tres meses ¿Y, no es lógico imaginar que aquellos héroes habrán tenido la perfecta convicción de que este capitán no era enviado por el general Ríos, cuando han pasado tres meses sin que recibieran nuevas noticias de sus superiores? ¿No es lógico considerar que le creyeran un enviado de los filipinos como lo fue Belloto?

Poco se ha movilizad nuestro Gobierno por salvaguardar la vida de aquellos hombres que se han juramentado para defender el honor de la patria que ellos ingenuamente no creían derrotada. No hay obstinación en no capitular, sino sólo un plausible espíritu militar y una exagerada desconfianza que han hecho posibles los desaciertos de nuestros dirigentes.

Dicen otros doctos compañeros que los cazadores resisten por el temor del castigo que les impide volver a España. Dicen que un endemoniado teniente Martín, apoyado por ochos soldados, mantiene en un puño a los restantes. Esto nos parece una estupidez, y permítasenos la frase, tan enorme que no comprendemos cómo haya podido caber en ningún cerebro bien organizado. ¿Alguien cree que nueve hombres puedan resistir a más de cuarenta? No sería difícil que los desarmaran, ya aprovechando un descuido, ya aprovechando que duermen. Además de tener en cuenta que los nueve tienen que vigilar prioritariamente al enemigo insurrecto que los acecha desde las trincheras que les rodean.

Y por último, la más absurda de todas las versiones acogidas por la prensa. Dicen que algunos cazadores, desertores del destacamento, y que actualmente se hallan formando parte de las tropas filipinas, han dicho que Martín Cerezo es el responsable de las muertes del capitán De las Morenas y del teniente Alonso. Suponiendo, y ya es mucho suponer que esto sea cierto, ¿qué crédito merecen tales sujetos? Claro está que, si han renegado de su unidad y de su Patria, tratarán de disculpar su huida de mil maneras. Es absurdo pensar que digan que sus compañeros cumplen con su deber y que ellos son unos traidores. Y aún hay más. Incluso si fuese cierta esa versión, no explicaría tampoco la porfiada resistencia del destacamento. Porque, si éste creyera que está imposibilitado para volver a España, ¿Sostendría con tanto heroísmo el honor de nuestra bandera? ¿Arrostraría las mil penalidades de un sitio tan prolongado, por defender el terreno de una nación, a la que según los que se acogen a estas hipótesis no podrían volver? ¿No es natural que en este caso se hubieran pasado a los filipinos?

Dada la actitud de la fuerza, sólo se concibe que hubiera hecho lo que alguien, con tan mala fe, conjetura, en el caso de que De las Morenas y Alonso hubieran querido rendirse. Entonces nadie podría acusarle, pues Martín había cumplido con su deber fusilando a quien predicaba la entrega con arreglo a todas las leyes militares y en particular al bando del general Agustí de veintiún de abril de 1898.

Lo único que hay en Baler es una leyenda y, como tal, rodeada de misterios. Todos, absolutamente todos, carecemos de datos suficientes para juzgar estos hechos con el conocimiento de causa necesario. Entre tanto, locos o héroes o ambas cosas a la vez, los defensores de la cabecera del Príncipe están demostrando al mundo entero que eso de que pasaron ya nuestros tiempos y que la raza hispana ha degenerado es música, pura música.

¡Pregúnteles a los sitiadores de Baler si ha degenerado la raza!

9 de julio de 1899

Cablegrama del general Jaramillo al Ministro de la Guerra.

*El jefe del destacamento de Baler no cumplimentó las órdenes recibidas del Capitán General, por no creerlas verídicas por haberle ya tratado de engañarle con anterioridad los insurrectos siguiendo mismo procedimiento.*

*Desarrollada epidemia de beriberi por malas condiciones en la iglesia. Fallecieron el cura párroco, el capitán De las Morenas, el teniente Juan Alonso y dieciocho de tropa, dos a consecuencia de las heridas.*

*Sus narraciones satisfactorias. Opinión pública muy levantada a favor del destacamento que capituló el dos de junio por falta de víveres.*

Cablegrama del Presidente del Casino Español de Manila a El heraldo.

*El destacamento de Baler llegó el jueves día 6. Después de trescientos treinta y siete días capituló honrosamente. Americanos y filipinos les han rendido honores de guerra. Los filipinos les han obsequiado con un banquete. Muchos extranjeros han hecho donativos a los soldados. Los españoles felicitan con entusiasmo a sus heroicos soldados, dignos de admiración universal. Rogamos a El heraldo publique este cablegrama para satisfacción de la nación entera.*

16 de julio de 1899

Publicó el Nacional un artículo mío en el que, hipotéticamente sí, pero apoyado en datos y antecedentes de verdadera importancia, creía poder anticipar a los lectores de este periódico el dictamen que el general De los Ríos iba a presentar al ministro de la guerra.

Entonces creí un deber de conciencia decir lo que sabía de aquel puñado de hombres que seguían combatiendo a pesar de haber cesado la soberanía española en el Archipiélago filipino. Hoy me creo también en el deber, no de rectificar, sino de explicar por qué no rectifico.

En los famosos y tendenciosos cablegramas enviados por el general Jaramillo y por el Presidente del Casino Español se dice que tanto el capitán De las Morenas, como el teniente Alonso y dieciocho soldados murieron por una epidemia de beriberi. Esta enfermedad no puede desarrollarse jamás en forma de epidemia, ya que no es contagiosa. Basta con esto para comprender que este punto es una fábula muy mal urdida.

Otros periodistas, y no voy a repetirme, ya han señalado la contradicción inexplicable que existe entre no haber recibido a parlamento al enviado del general De los Ríos el día primero de junio y haberse rendido por falta de víveres al día siguiente.

Muchos dirán que no es patriótico poner en tela de juicio la heroicidad de aquellos soldados, pero yo mantengo que lo que resulta antipatriótico es presentar como héroes a un puñado de hombres que, mientras no demuestren lo contrario, se mostraran envueltos en la nefanda sombra de un crimen.

Dejemos el llamarles héroes para cuando el Gobierno compruebe su inocencia.

## Epílogo.

El coronel Tecson y sus oficiales, alegando que los frailes no se incluían en el acuerdo alcanzado, obligaron a Minaya y a López a permanecer con ellos. De nada sirvieron las protestas del teniente Martín y del doctor Vigil, la columna de soldados partió sin ellos. No fueron libertados hasta el año 1900. Fray Juan López retornó, esta vez por voluntad propia, a Baler al año siguiente para reanudar su labor misionera. Participó dos años después en la ceremonia de exhumación de los soldados españoles fallecidos durante el asedio. Por su parte, Fray Félix Minaya tras su liberación ejerció su ministerio en Ávila, pero en 1906 regresó a Filipinas. Su misión la practicó en numerosos pueblos, volviendo en 1912 a Baler. Escribió unas memorias del sitio, inéditas, que contradicen en varios puntos a las de Martín Cerezo.

Los cazadores permanecieron en el pueblo hasta el siete de junio, fecha en que se pusieron en marcha hacia Manila. Aunque la distancia a salvar no era mucha, unos ciento cincuenta kilómetros en línea recta, doscientos treinta por las carreteras actuales, tardaron alrededor de un mes en recorrerla, pues llegaron a la capital el ocho de julio. Realizaron una penosa marcha, luchando contra el abrupto paisaje filipino y sus intrincados ríos que debían vadear una y otra vez, superando sus impetuosas corrientes. Además, su precario estado de salud requería que se detuvieran cada cierto tiempo. Su primera escala fue en Tarlao, cuartel general de Aguinaldo. A pesar de que el destacamento estuvo varios días, no pudieron conocerlo, pues el presidente tuvo que partir apurado por las urgencias de la guerra. En la improvisada capital recibieron cada oficial dos pesos y cada soldado uno. Fueron invitados a un banquete con baile, dentro de los límites marcados por las estrecheces de la nueva república, y que prácticamente consistía en morisqueta, frutas, y música de guitarras, arpas y violines. Asimismo, les entregaron un periódico que contenía un decreto sancionado días antes por Aguinaldo. Generoso y noble, dice así:

*«Habiéndose hecho acreedoras a la admiración del mundo las fuerzas españolas que guarnecían el destacamento de Baler, por el valor, constancia y heroísmo con que aquel puñado de hombres aislados y sin esperanzas de auxilio alguno, ha defendido su bandera por espacio de un año, realizando una epopeya tan gloriosa y tan propia del legendario valor de los hijos del Cid y de Pelayo; rindiendo culto a las virtudes militares e interpretando los sentimientos del Ejército de esta República que bizarramente les ha combatido, a propuesta de mi Secretario de Guerra y de acuerdo con mi Consejo de Gobierno, vengo en disponer lo siguiente:*

*Artículo único: los individuos de que se componen las expresadas fuerzas no serán considerados como prisioneros, sino, por el contrario, como amigos, y en su consecuencia se les proveerá por la Capitanía General de los pases necesarios para que puedan regresar a su país. Dado en Tarlao a 30 de junio de mil ochocientos noventa y nueve».*

Desde esta población siguieron hasta San Fernando, donde cruzaron a territorio controlado por los estadounidenses, llegando a Manila en tren. La capital del archipiélago era una ciudad ocupada por los norteamericanos que aún vivía huérfana de la potestad española. La todavía numerosa colonia hispana se volcó en la acogida a los héroes de Baler. Ya con uniformes nuevos, les brindaron toda clase de agasajos y parabienes. Los alojaron en el palacio de Santa Potenciana y se abrieron multitud de suscripciones en su nombre a cargo de El noticiero de Manila o de la Sociedad Apolo. Además se celebraron veladas de teatro en su favor como las del Libertad o el Filipino, donde fueron recibidos a los acordes de la Marcha de Cádiz y

oyeron coplas que cantaban las hazañas del destacamento de Baler. Tal fue la cantidad de homenajes que tuvieron que establecer turnos para poder asistir a todos. Martín Cerezo, uno de los pocos que no enfermó a lo largo del sitio, sufrió una disentería y tuvo que guardar cama, no pudiendo acudir nada más que al fastuoso banquete organizado por el Casino Español. Por fin, el cabo Jesús García pudo ser operado. Había pasado casi un año desde que le hirieron en el pie.

Todos los militares españoles residentes en Manila, que formaban la Comisión liquidadora, desde su general en jefe hasta el último oficial visitaron a los miembros del destacamento. Se produjo el reencuentro entre el teniente coronel Aguilar y Martín Cerezo. Emocionados, se juntaron en un fuerte abrazo.

—Y ahora, ¿me reconoce usted?

—Sí, mi teniente coronel. Y más me hubiera valido hacerlo en Baler.

—Hizo bien en ser tan desconfiado. Y más cuando ya le habían intentado engañar varias veces.

—Estábamos tan convencidos de que usted formaba parte de la insurrección, que mis soldados estuvieron a punto de matarle. Tuve que advertirles que no se podía disparar a un parlamentario.

Aguilar enarcó las cejas.

—¿En serio? Pues menos mal que le obedecieron...

También visitaron a Martín muchos oficiales estadounidenses que llegaron incluso a proponerle que se alistara en su ejército.

El día diecinueve de julio, en otro acto multitudinario que reunió a casi toda la colonia española, se celebró una misa en la iglesia del convento de San Francisco por el alma de todos los fallecidos en el sitio.

El veintidós, el doctor Vigil aclaró las cuentas del dispensario con la Comisión Liquidadora con diecinueve pesos en su contra. Preguntado por un miembro de la comisión a cerca del trato recibido por Martín Cerezo, contestó: «*Era algo duro por la necesidad de mantener la disciplina*». Otro oficial le preguntó sobre el concepto que le merecía el teniente. «*El de un buen militar*», respondió.

Finalmente, el día veintinueve de julio embarcaron en el vapor Alicante con rumbo a Barcelona, donde arribaron el uno de septiembre.

De los cincuenta y seis hombres asediados, sobrevivieron treinta y tres, de los cuales dos contaban con heridas de gravedad y otros dos morirían, consumidos por la enfermedad, a los dos años de repatriación. El poco más de medio centenar de soldados españoles llegó a causar, entre muertos y heridos, alrededor de setecientas bajas. Las tropas sitiadoras, según recoge en su Historia de Filipinas el autor autóctono Antonio M. Molina, llegaron a tener, en sus momentos de mayor auge, cerca de tres mil soldados.

En febrero de 1900 el ejército americano conquistó Baler con seiscientos hombres. Los militares estadounidenses hallaron un pueblo desierto, pues sus habitantes, a excepción de algunas mujeres mayores, habían huido a las sementeras. Tras varios intentos, atraparon a Novicio Luna, al que fusilaron inculpada de enterrar vivos a los marineros prisioneros del Yorktown. Acusación, por cierto, que era falsa.

A principios de octubre de ese mismo año, la guarnición norteamericana, formada por más de doscientos hombres y refugiada en la iglesia, se rindió tras haber aguantado asediada poco más de tres semanas. El heraldo de Madrid, informando

sobre este acontecimiento, escribía ufano: *«la orgullosa Norteamérica podrá tener riquezas inmensas, posesiones dilatadas; pero un sitio de Baler no lo tiene, no lo tendrá nunca»*.

A su llegada, el uno de septiembre, no fueron obligados a terminar la cuarentena, y no cumplieron, como era costumbre, los días que restaban en el buque. Tras la visita del Gobernador Militar de Barcelona y sus ayudantes, bajaron de inmediato a tierra donde fueron recibidos por apenas trescientas personas, miembros de la Cruz Roja y periodistas. La pequeña concurrencia los rodeó en un absoluto silencio hasta que espontáneamente prorrumpieron en una conmovedora ovación. El dos, obtuvieron la licencia provisional y, al día siguiente, el grueso del grupo partió a Madrid en tren, donde no tuvieron ningún tipo de recibimiento. Días después acudieron invitados a una corrida de toros, y al difundirse su presencia en la plaza, la muchedumbre olvidó el espectáculo y les brindó una clamorosa dedicatoria. Después de unos pocos días en la capital, los soldados volvieron a sus hogares a reencontrarse con los suyos. Algunos se habían separado pronto del grupo y habían acudido a sus residencias sin pasar por la capital. Loreto Gallego, Ramón Boades y Emilio Fabregat fueron directamente a Valencia, Bauzá a Mallorca y Gregorio Catalán a Cuenca. Además, el cabo Jesús García se quedó convaleciente de su herida del pie y posiblemente, aunque no se sabe pues no figura en su expediente, le ocurrió lo mismo a Miguel Pérez, que tenía la mano inútil desde que la atravesó un balazo en octubre del año anterior. El doctor Vigil permaneció en Barcelona más días, pues fue agasajado con un banquete por los miembros de la Sanidad Militar. Por su parte, el teniente Martín Cerezo se dirigió a Tarragona para esclarecer sus cuentas con la comisión liquidadora del segundo batallón expedicionario. Después disfrutó unos días más en Barcelona hasta que el día diecisiete de septiembre se desplazó a Madrid en el tren correo, siendo recibido por el Ministro interino de la Guerra, general Capdepón, el general Bascarán y por una nutrida representación de jefes y oficiales de todos los cuerpos de guarnición en la capital. También le esperaba Vigil. Allí mismo le anunciaron la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando, el doble ascenso hasta capitán junto con una Cruz de la Reina Cristina. Por su parte, el doctor fue informado de que le otorgaban el ingreso definitivo en el cuerpo de Sanidad Militar y dos Cruces de la Reina Cristina, una por el balazo en el costado y otra por acción de guerra. Para finalizar el día de la manera más hispana posible, acudieron los dos oficiales a presenciar una corrida de toros. Los dos nuevos héroes patrios en la más arraigada tradición nacional. El no va más.

#### Reconocimientos:

Como es de rigor en nuestra desagradecida patria, el gobierno cicateó con las retribuciones de los soldados de Baler y, siguiendo nuestra tradicional y trágica senda, no corrigió tal funesto error hasta fue demasiado tarde para alguno. Aun así, el cuatro de septiembre, cuando sólo llevaban tres días en España, se publicó una Real Orden en la que el Rey, y en su nombre, la Reina Regente, disponía que, sin perjuicio de recompensar a los miembros del destacamento según sus merecimientos, se les diera *«las gracias en su Real nombre y se publicara en la Orden General del Ejército la satisfacción con que la Patria ha visto su glorioso comportamiento, para que sirva de ejemplo a cuantos visten el honroso uniforme militar»*. Asimismo dio orden para que se abra juicio contradictorio

para acordar la concesión de la Cruz de la Real y Militar Orden de San Fernando a los que se hubiesen hecho acreedores según el reglamento.

A final del mismo mes, se aprobaron dos disposiciones que establecían los reconocimientos que cada miembro de los cazadores recibiría, algunas de los cuales ya habían adelantado a Martín y Vigil en la estación de Mediodía.

La primera de ellas decía: *«en consideración a los importantes servicios prestados por las fuerzas del Ejército destacadas en Baler (Filipinas), y del heroico comportamiento observado en la defensa de dicho pueblo hasta el 7 de agosto de 1898, en cuyo día fue rechazado el enemigo y puesto en precipitada fuga al intentar asaltar y quemar la iglesia, se concede: al capitán de la Escala de Reserva de Infantería señor Las Morenas, el empleo de comandante. Al segundo teniente de la Escala de Reserva de Infantería, D. Juan Alonso, empleo de primero. Al segundo teniente de la Escala de Reserva de Infantería, D. Martín Cerezo, empleo de primero. Al médico provisional D. Vigil, Cruz de 1ª clase de María Cristina. A los dos cabos, el corneta y veintiocho soldados supervivientes (comprendiendo el sanitario), Cruz de plata del Mérito Militar con distintivo rojo y la pensión mensual de 7,50 pesetas, vitalicia».*

La otra Real Orden disponía, y *«en consideración a los importantes servicios prestados por las fuerzas destacadas en Baler, y del heroico comportamiento observado en los diferentes hechos de armas ocurridos en la defensa de dicho pueblo, desde el 8 de agosto de 1898 hasta el 2 de junio de 1899, se agradeció: Al primer teniente D. Martín Cerezo con el empleo de capitán. Al médico D. Vigil con la cruz de 1ª clase de María Cristina. Y a los treinta y un hombres de tropa con otra cruz de plata del Mérito Militar a cada uno pensionada con 7,50 pesetas mensuales y vitalicias.»*

Como se puede ver, sólo se recompensó a los soldados supervivientes, olvidándose de los fallecidos y de sus familias. Al teniente Alonso sólo se le otorgó un ascenso, sin ninguna medalla ni pensión. También se racaneó con la retribución del doctor, pues tampoco recibió ni ascenso ni pensión.

El 5 de marzo de 1901 se promulgó una Real Orden por la que se concedía al comandante D. Enrique de Las Morenas la Cruz de segunda clase de la Real y Militar Orden de San Fernando con pensión anual de dos mil pesetas a favor de su viuda. Se le concedió tal honor porque *«desde el veintiséis de julio al veintidós de noviembre de mil ochocientos noventa y ocho, la gloria de la defensa corresponde a dicho jefe, quien en los expresados cuatro meses y veintisiete días rechazó las intimidaciones de rendirse que el enemigo le hizo en tres distintas fechas. Quedándose en la última con los parlamentarios; negativas que revelan tanta más energía, cuanto que estaba seguro de la gran superioridad numérica de aquél y no podía contar con el espíritu levantado de su escasa tropa, en la que hubo desertiones de indígenas y peninsulares. Durante su mandato sostuvo varios combates que le ocasionaron bajas, además de las que sufrió por enfermedades y desertiones que dejaron reducida la fuerza a treinta y nueve defensores de los cincuenta y siete con que contaba al comenzar la defensa».*

La Real orden de 11 de julio de 1901 establece que se concede la Cruz de segunda clase de la Real y Militar Orden de San Fernando, con la pensión anual de mil pesetas, al Capitán D. Martín Cerezo. Por los méritos contraídos en el sitio de Baler ya que, al morir el jefe del destacamento, *«se hizo cargo del mando y a pesar de las bajas tenidas, tanto causadas por el enemigo cuanto por las enfermedades epidémicas que se desarrollaron, la escasez de víveres y la falta de vestuario y comunicaciones, pudo prolongar tan notoria defensa, manteniendo la disciplina, reprimiendo algún intento de sublevación en sus tropas, imponiendo duro correctivo a los promovedores y rechazando repetidas intimaciones de rendición, hasta que después de once meses de asedio, en dos de junio de mil ochocientos noventa y nueve, capituló».*



El uno de enero de mil novecientos cuatro se presentó un proyecto de ley, que fue aprobado el nueve de mayo del mismo año, que solicitaba una pensión anual de cinco mil pesetas para la viuda del que fue Comandante político-Militar del distrito del Príncipe. El inicio del texto rezaba «ningún español ha olvidado la heroica defensa del poblado de Baler por unos cuanto héroes al mando del comandante Enrique de Las Morenas». El uso de términos tan absolutos provocó las quejas de Martín Cerezo, pues se lamentaba con razón de que Enrique había fallecido cuando se llevaban ciento cuarenta y cinco días de sitio y aún restaban ciento noventa y dos. La inquina aumentó en 1911 al ser rechazado un proyecto de ley que solicitaba la misma pensión para los dos oficiales del destacamento así como para el médico director de la enfermería.

Algunos de los soldados de Baler llegaron en unas condiciones tan malas a la península que prácticamente constituyeron un lastre para sus familias. A raíz de las primeras muertes de miembros de la guarnición producidas en la más auténtica miseria, se publicó el 6 de marzo de 1908 una ley que en su artículo único decía «*Se concede una pensión vitalicia de sesenta pesetas mensuales a los tres cabos, un corneta y cuarenta y dos soldados de Infantería que componían la guarnición de Baler (islas Filipinas), así como a un sanitario encargado de la enfermería; siendo transmisible dicha pensión a las esposas e hijos de los que hubieran muerto o fallezcan en los sucesivo y, de no tenerlos, a sus padres*». Por fin, con casi diez años de retraso, el gobierno, aunque volvía a ignorar al teniente Alonso, se acordaba de las familias de los fallecidos en el asedio. El diputado don José Rosado dijo: «*[...] la pobre tropa del destacamento, que tuvo que arrostrar las privaciones y penalidades más terribles conocidas, en aquella lucha tan desesperada, constante y desigual (cien contra uno), donde desnudos y sin apenas dormir ni comer, perdieron más de la mitad de su existencia, quedando casi imposibilitados para poderse dedicar a las rudas tareas de su profesión, constituyendo, a la par que una gloria, una calamidad para sus familias que, faltas de recursos, tenían que sufrir la doble pena de verlos morir por no poder costear los gastos que ocasionan enfermedades tan largas*».

En octubre de mil novecientos cuarenta y cinco tuvo lugar el último reconocimiento. Se nombró a los supervivientes tenientes honorarios y se les concedió una pensión de quinientas pesetas, pero no todos recibieron esta distinción, sólo los que durante nuestra guerra civil habían mantenido un comportamiento *afín a la causa*.

Los personajes vuelven a ser personas.

Todos los protagonistas de esta obra existieron realmente a excepción de Higinio Algar, el periodista de El imparcial y del infortunado político Gustavo Adolfo Segura, cuyos nombres me prestaron unos buenos amigos. Creé la figura de este corresponsal para aunar las distintas intentonas que se crearon para auxiliar a los cazadores de Baler, dotándolas de mayor verosimilitud y constituyendo un hilo alternativo al principal. Parecida función tiene el personaje del político, además de contrastar como sufrían la guerra los políticos patrios. El resto de los personajes, aun siendo históricos, han sido convenientemente novelados. La mayoría de los acontecimientos relatados son hechos verídicos. Incluso los más disparatados.

Después del sitio de Baler, y con más o menos suerte, los miembros del destacamento continuaron con sus vidas. Algunos, como Luis Cervantes o Castro, encontraron a sus madres vistiendo luto, pues nada sabían de sus hijos. Para comodidad del lector y ayudar a que el relato pudiera transcurrir con mayor agilidad,

sólo he hablado con asiduidad de un cierto número de soldados. A continuación, esbozo un breve resumen de lo que fue la vida de las personas que más he tratado.

Diego de los Ríos: tras su retorno a España, y al ser uno de los pocos generales que conservaba intacto el prestigio, se le nombró Jefe del Estado Mayor Central. En 1907 fue ascendido a teniente general y en 1910 accedió a la Capitanía General de Madrid. Ese año también fue elegido senador por Cáceres. Conservó los dos puestos hasta que murió en 1911 a consecuencia de la operación quirúrgica de un ántrax. Tenía sesenta y un años.

José Alcaide: fue repatriado junto con otras tropas. Al ser reconocido como desertor, inició una huelga de hambre. Aunque intentaron alimentarlo por la fuerza abriéndole la boca con unas tenazas, murió de inanición.

Josep Pineda: después de un tiempo en Barcelona, y no siendo bien recibido por su familia, decidió emigrar a México. Volvió con lo puesto, alegando que, en el viaje de vuelta, un golpe de mar le había quitado toda su fortuna. Trabajó como empleado de ferrocarriles en el Ayuntamiento de Barcelona hasta que un día resbaló mientras empujaba un tranvía y fue atropellado por éste, perdiendo las dos piernas. Murió desangrado camino del hospital. Tenía treinta y nueve años.

Gregorio Catalán: volvió a su pueblo el seis de septiembre del noventa y nueve y murió de tuberculosis justo dos años después. Mientras la salud se lo permitió, siguió trabajando de jornalero y viviendo en casa de sus padres. No llegó a contraer matrimonio. Falleció con veinticinco años. En su pueblo, Osa de la vega, provincia de Cuenca se levanta una estatua que lo representa en traje de rayadillo y con sombrero de jipijapa. Lleva en la mano una lata de petróleo, preparado para realizar la peligrosa salida que consumó el diez de julio del noventa y ocho.

Pedro Vila: el cocinero del grupo se quedó a vivir en Barcelona. No se conoce mucho de su vida posterior. Sólo se sabe con certeza que tuvo una hija y que en mil novecientos cuatro reclamó junto con Pineda una suscripción que había realizado el Heraldo Militar. Ni siquiera es seguro el año de su muerte, que pudo ser en el cuarenta y cuatro o en el cuarenta y cinco. Tenía setenta y seis años (o setenta siete). En el centenario del año del desastre se colocó una placa en la casa donde nació, Taltuall (Lleida).

Pedro Planas: se quedó a vivir en Barcelona. No se casó ni tuvo hijos. Tras solicitar el pago de sus pensiones se le pierde el rastro. Tiene una calle en el casco antiguo de Sant Joan de les Abadesses, su pueblo natal, provincia de Girona. Buceando en la hemeroteca leí en un artículo de la época que, en la bienvenida recibida en Manila tras el sitio, llegó a interpretar el himno del batallón. No lo he visto en ninguna fuente más, pero hubiera sido un sincero, merecido y hermoso homenaje.

José Jiménez Berro: regresó a su Almonte natal, donde trabajó de guardia rural y como agricultor de sus propias viñas. Preparaba su vino de forma artesanal. Se casó y tuvo tres hijos. Enviudó y se volvió a casar. En el treinta y siete fue encarcelado por los golpistas durante un año por encubrir a sus hijos que habían marchado a Madrid. Fue liberado cuando un oficial lo reconoció cómo uno de los héroes de Baler. Aunque lo excarcelaron, perdió la pensión de sesenta pesetas. Murió a los ochenta años. Sus nietos recuerdan que les decía que «todas las guerras son idiotas». En su pueblo hay una estatua suya describiendo una bonita ucronía y en la que Jiménez recoge la carta del niño filipino, aquella que voló en pedazos de un certero disparo. En la ciudad de la cultura de Almonte se ha edificado una réplica de la Iglesia de Baler.

Cabo Jesús García: a pesar de la herida del pie, de la que fue operado en Barcelona y reconocido varias veces en años posteriores, continuó en el ejército llegando a ser sargento. Como Manuel Pérez, no fue admitido en el Cuerpo de Inválidos. Se casó y tuvo ocho hijos. Durante la guerra civil, mientras trabajaba en un campo, pasó un avión en vuelo rasante. Asustados, sus familiares y él corrieron a esconderse bajo un carro. El piloto, creyendo que era un antiaéreo, lo bombardeó. Murieron cuatro familiares suyos y Jesús García quedó inválido. Murió en el cuarenta y siete a los setenta y un años.

Santos González: regresó a su pueblo, Mallén, en Zaragoza, a trabajar de labrador a pesar de la oferta del teniente Martín para que se quedara con él. Contrajo matrimonio y tuvo doce hijos, aunque sólo llegaron a edad adulta seis. Al empezar nuestra contienda fue encarcelado y fusilado por el sargento de la Guardia Civil del pueblo. Tenía sesenta y dos años. También le retiraron la pensión, que le fue devuelta años después a la viuda junto con los atrasos originados.

Juan Chamizo: A su regreso, vivió los dos primeros años tras la vuelta en su pueblo, Valle de Abdalajís, para luego marchar a Málaga, la capital de la provincia. Se casó y tuvo cinco hijos. Murió de cáncer cuando contaba cincuenta y dos años. Tiene una calle dedicada en su pueblo.

Bernardino Sánchez: el asistente sanitario regresó a Lugo, a su localidad natal de Guitiriz. Pasó por la vicaria y engendró siete hijos. Regentó una taberna, que junto a su pensión y el alquiler de unas tierras le permitía llevar una vida desahogada. Pero, cuando murió su mujer en el dieciocho, cayó en el alcoholismo. Falleció ocho años después de enviudar. Tenía cincuenta años.

Cabo José Olivares: pretendió continuar en el ejército, para lo que permutó una de sus cruces pensionadas por el ascenso al grado de sargento cuando tan sólo llevaba dos meses en la península. En 1901 solicitó el cambio de la otra cruz pensionada por el ascenso a segundo teniente. Su primera petición no es contestada y una posterior del año cuatro es denegada. Abandonó la vida militar y regresó a Caudete, donde ejerció de cartero. Se encontró con el rey Alfonso XIII, al que pidió el aumento de sus pensiones. Contrajo Matrimonio, pero no tuvo hijos. Casi cuarenta años después, devolvió al hijo del doctor Vigil el reloj de su padre, aquel que recibió como recompensa por encabezar la carga de los catorce.

Loreto Gallego: regresó a Requena y más de dos años después de su retorno, se casó con Clementa, el treinta de diciembre de 1900. Cumplió su promesa y estuvo durante su luna de miel en Carlet, con su buen amigo Ramón Boades. Durante una visita de Alfonso XIII a Valencia, se presentó para solicitarle el puesto de conserje del Ayuntamiento de Requena. Al quitarse el sombrero ante el Rey, éste se lo impidió, diciendo que debería ser él quien se descubriera. En su lápida puede leerse la inscripción «Caballero cubierto ante el Rey». Trabajó de portero del Ayuntamiento hasta que con la llegada de la República fue cesado acusado de conseguir el encargo gracias al favor real. Durante la guerra civil estuvo preso en Valencia. Al terminar la contienda se le devolvió la libertad y el empleo. Murió en el año cuarenta y uno a los sesenta y tres años.

Ramón Boades: a su vuelta, su amigo Loreto y él fueron recibidos por el Ayuntamiento de Valencia. Ambos rechazaron la oferta para formar parte de la guardia urbana. Tras pasar una noche en la ciudad, cobró unas letras con Loreto y se separaron hasta que éste visitó su pueblo. No pidió ningún puesto laboral y siguió

trabajando en el campo. Se casó y tuvo tres hijos. Falleció en el treinta y seis con sesenta años. Tiene una calle dedicada en Carlet. Al parecer, y al contrario de mis personajes, Ramón era reservado y no le gustaba hablar en demasía, mientras que Loreto solía contar anécdotas del sitio.

Doctor Rogelio Vigil de Quiñones: uno de los héroes del asedio y uno de los peor recompensados, ya que no tenía derecho a ninguna pensión. Al ser repatriado continuó sirviendo en el ejército. En 1901 es médico de segunda y a principios del seis asciende a médico de primera. En el nueve, ya siendo capitán y formando parte del Batallón de Cazadores nº 3, fue destinado a Melilla para luchar contra los rifeños. Aquí, por segunda vez en su vida, sufre un asedio. La fuerza de la que formaba parte quedó atrapada en una colina durante diez días. En diciembre de este mismo año, tras la breve campaña que provocó la semana trágica de Barcelona, volvió con su batallón a la ciudad condal. Por su actuación, fue premiado con dos Cruces de plata de primera clase del Mérito Militar con distintivo rojo, una de ellas pensionada. En 1910, con cuarenta y ocho años contrajo matrimonio, llegando a tener seis hijos. En el dieciocho es ascendido a comandante médico, empleo con el que se retiró en el veinticuatro, al haber alcanzado la edad reglamentaria. Su exigua pensión le indujo a pedir una ayuda al Ayuntamiento de Marbella, su pueblo natal, que se la denegó. El hospital militar de Sevilla lleva su nombre. Murió cuando contaba con setenta y dos años. Uno de sus hijos tuvo que pedir una pensión para su madre, a la que le concedieron nueve mil pesetas al año.

Capitán Saturnino Martín Cerezo: después de pasar unas días en Madrid se desplazó a su pueblo, Miajadas, en Cáceres. Allí lo recibieron de tal manera que dejaron asombrado a Martín. Se le entregó un sable de honor y fue nombrado hijo adoptivo de Cáceres y de Trujillo. En 1902 se casó con una cubana, hija de un coronel y que poseía propiedades en la isla, con la que tuvo cuatro hijos. Logró ascender en las escalas militares, gracias a la tenacidad demostrada durante el encierro, pues no era bien visto por varios sectores del ejército. La figura de Martín Cerezo evocaba demasiado el desastre del noventa y ocho. Recordaba a muchos lo que él pudo realizar y que otros ni siquiera se atrevieron a intentar. Nunca más volvió a tener mando efectivo de tropa y tuvo que pleitear para que se le reconocieran sus ascensos. A pesar de todo, cuando se retiró en el año treinta, era general de brigada. Llegó a ser el más viejo del ejército, encabezando las procesiones. En noviembre del treinta y seis, los milicianos irrumpieron en su casa. Martín Cerezo, viejo, enfermo y fiel a su carácter hasta el fin, se negó a levantarse de la cama. «Si quieren matarme, háganlo aquí» gritó mientras les amenazaba con el puño. Entonces, los asaltantes, contemplando el lamentable estado del anciano, decidieron llevarse a su hijo de dieciocho años y fusilarlo.

Al enterarse de la muerte de Timoteo López, uno de los cazadores supervivientes de Baler, se llevó a una de sus hijas a trabajar a su casa.

El general Saturnino Martín Cerezo murió en su casa de Madrid el dos de diciembre de mil novecientos cuarenta y cinco, justo cuando faltaban veintiséis días para el estreno de la película Los últimos de Filipinas.

**11 de julio de 1899**

Mariquí, en el viaje desde Baler a Manila.

Alcaide repartió las últimas indicaciones a su cuadrilla y, para no llamar la atención, se separaron. Los dos tagalos se fueron bordeando el pueblo por el este y él avanzó por el centro junto con Félix Herrero, el antiguo asistente del teniente Martín. Alcaide le palmeó en la espalda y se carcajeó. Estaba eufórico. No sólo iba a conseguir un buen botín, sino que iba a saldar sus deudas con el odiado oficial. Cumpliría todos y cada uno de los juramentos que lanzó en aquel estrecho y maloliente calabozo.

En la plaza, la banda tocaba una sonata con bastante acierto. El teniente coronel Tecson, con las manos entrelazadas en el regazo, seguía el concierto con autentico deleite. Por el contrario, el otro homenajeadado, el comandante Bartolomé, hacía verdaderos esfuerzos por no dormirse. En las últimas filas, los cazadores hispanos apenas mostraban atención y cuchicheaban entre ellos igual que colegiales aburridos. Harto del jaleo de sus compañeros, Planas se levantó malhumorado y se adelantó en busca de un sitio que le permitiera escuchar la música sin trabas.

Los dos oficiales españoles permanecían en la casa donde se alojaban. Disponían de dos habitaciones contiguas en el segundo piso de la mejor vivienda del pueblo. Martín Cerezo, acostumbrado a las largas vigiliadas, y aunque se encontraba exhausto, no podía conciliar el sueño. Sacó una silla al balcón para disfrutar de la brisa nocturna. Sentado en la oscuridad, contemplaba nostálgico la calle solitaria. Los amortiguados acordes de la sonata le evocaban bailes pretéritos que sabía que jamás reviviría.

Comenzaba a cabecear cuando vio que dos figuras se acercaban en silencio. Las siguió más por aburrimiento que por desconfianza hasta que pasaron cerca de un farol y se percató de que eran Alcaide y Félix Herrero. Con el corazón acelerado, y por puro instinto, tiró la cabeza hacia atrás para evitar que le descubrieran. Los dos desertores se detuvieron un instante, comprobaron que en los alrededores no había nadie y cruzaron el jardín que circundaba la casa de los dos oficiales. Antes de perderlos de vista, se percató de que no llevaban armas. Aliviado, entró corriendo y zarandeó al soldado Castro, su ordenanza, que roncaba tumbado sobre un jergón de paja. El cazador, sin comprender que pasaba, permaneció tumbado. Mientras, Martín, sin encender ninguna luz que le delatara, tanteó por toda la habitación en busca de algo que le permitiera defenderse. Tan solo encontró un jarrón de barro que, tras quitarles las flores y vaciar el agua, empuñó a modo de estrafalaria cachiporra. Enseguida oyó voces en el cuarto de al lado. Sintió a Vigil gritar y varios muebles caer con estrépito. Dispuesto a ayudar a su amigo, el teniente entreabrió la puerta y vio que dos hombres le retenían. Apenas pudo reaccionar, pues descubrió con horror que Alcaide y Herrero, armados con bolos y revólveres se dirigían hacia él. Soltó el jarrón y huyó sin pensárselo dos veces.

—¡Castro! ¡Levántese y corra por su vida!

El cazador abrió los ojos justo para ver al oficial salir por el balcón. Martín se descolgó con tanta rapidez que cayó como un fardo y se torció el tobillo derecho. Incapaz de andar, cojeó hasta un arbusto y se escondió detrás. Enseguida apareció su ordenanza e hizo lo mismo, pero con mayor habilidad. Una vez en el suelo, escapó a toda prisa. Los dos desertores lo confundieron con el oficial y le persiguieron. Tras verlos desaparecer en la oscuridad, el teniente, indeciso, continuó tumbado. Por primera vez en mucho tiempo no sabía cómo actuar. Desarmado y solo, se sentía completamente perdido. Permaneció así durante un breve instante hasta que la fresca risa de una mujer lo sacó de su aturdimiento. Con una mueca de dolor, se levantó y,

arrastrando la pierna, se apoyó en la valla del jardín. Quiso Dios que por allí pasara, acompañado de una dalaga, el muchacho que le servía de intérprete. Era un antiguo monaguillo que chapurraba algo de español. Martín le apremió a que marchara por ayuda. No tardaron en llegar sus hombres y los soldados tagalos. El teniente se puso de nuevo al frente y, apoyándose en uno de sus cazadores, subió al segundo piso. Allí encontraron a Vigil maniatado y apresaron a uno de los dos bandidos indígenas. Después de comprobar que el doctor estaba bien, apenas tenía hinchado el pómulo izquierdo, se encararon con el prisionero. No tardó en confesar que el plan era idea de Alcaide. Pese a todo, los asaltantes escaparon impunes. El filipino se evadió con una sospechosa facilidad mientras que los dos españoles alegaron que perseguían a unos tulisanes. Para fortuna de Martín, al día siguiente los dos desertores partieron con Tecson. Nunca más volvió a verlos. Sólo supo de Alcaide cuando le llegaron noticias de su muerte, apenas un año después.